

I.

Primera: el fin de cada establecimiento debe correr siempre por la línea comun de la felicidad, á que así el individuo como todo el género humano, son llamados por su naturaleza, sus elementos y sus destinos.

Segunda: siendo la felicidad la expresion más genérica de todos los resultados de cuanto el hombre y la sociedad producen, conservan y preparan en la línea del bien, á ninguna institucion incumbe el realizarla toda, si bien debe contribuir á ella en los límites de su objeto.

Tercera: la bondad de una cosa no es un título bastante para su adopcion, sino que es necesario además, que sea natural y oportuna.

De lo primero resulta, que la felicidad comun es un centro de unidad para todos los estableci-

mientos públicos. Mas á pesar de esta unidad genérica y universal, admiramos en todo aquella diversidad prodigiosa que por sus respectivos objetos guardan entre sí todas las cosas que van por último á concurrir en este punto de reunion. Pasad la vista, señores, por esa muchedumbre de ramos que el entendimiento cultiva, que la imaginacion ensancha, y que la voluntad adopta: examinad la agricultura, las artes, el comercio: observad los inmensos reservatorios del cálculo, las nobles tareas del metafísico, las indagaciones minuciosas y diversas del naturalista, las combinaciones esquisitas del político, las producciones vehementes del orador, las bella y sublimes inspiraciones del poeta. ¡Qué multitud tan imponente de ramos! ¡qué diversidad tan prodigiosa de objetos! ¡qué sistema tan vario de procedimientos y de ideas! Sin embargo, ¡qué concordia tan feliz en el blanco á donde todo se dirige! ¡qué armonía tan perfecta en todos los resultados! Proscrito está de la estimacion pública cuanto no puede acelerar el progreso de la sociedad á su perfeccion, y excluido de la idea de perfecto cuanto no puede contribuir á mejorar esencialmente la condicion de la especie humana.

Pero ¿qué, el bien de la sociedad, la felicidad comun corren exclusivamente á cargo de un individuo, de una clase, de una institucion determinada? No, señores, y esta es una deduccion neta de la segunda verdad que dejamos establecida. La idea de proscribir como incompleto lo que no comprehende cuanto se desea, es igualmente falsa que caprichosa: no es nueva en el mundo, pero ha venido á ser más comun, desde que se ha buscado el número más bien que la perfeccion y profundidad de los ramos que se cultivan. Si un solo *fiat*, expresion augusta de la voluntad omnipotente, bastó al Ser Supremo para sacar de la nada la existencia y la felicidad del hombre, este se conduce de otra suerte, y el más estrecho de los vínculos que le unen en sociedad, es el maravilloso y antiguo contraste que hoy, como en todos los siglos, ofrecen á nuestra instruccion y desengaño los resultados mezquinos del poder individual y las producciones colosales del poder combinado. Los hombres se estrechan á medida que reconocen su impotencia, y se aíslan en proporcion que el orgullo les presenta más reducido el círculo de sus necesidades individuales. De este modo la razon y la experiencia nos enseñan, que la obra de la felicidad pública debe ser el blanco que reuna to-

dos los establecimientos, todas las profesiones, todos los ramos de cultivo con que brindan al entendimiento las ciencias y las artes; pero que este bien general que ella comprehende, no es, en resúmen, sino la útil agregacion de muchos bienes parciales y diversos, que va colocando á su turno cada uno de los establecimientos de que se trata. Un establecimiento universal, que sometiese á su inspeccion cuanto puede atraer el espíritu y mover le voluntad, presentaria sin duda, señores, uno de los más bellos espectáculos que pudiera buscar la fantasía en el mundo de las ideas. ¡Qué de esfuerzos no han hecho las naciones más célebres para realizarle! Institutos, Academias, Liceos, Universidades, ect., ect., he aquí una série de brillantes ensayos con que han pretendido engalanar su opulencia los estados más cultos de la Europa. Pero, ¿qué vemos en estas múltiples escuelas? No una instruccion combinada y universal, sino un lugar de cita para cada sabio de su género, ó si se quiere, una gran sociedad que tiene alojamiento para mil sociedades diversas en su objeto; pero ya se sabe, que el carácter de las localidades ni desnaturaliza ni altera el género de las intituciones.

Si pues el objeto particular de cada estable-

cimiento debe servirnos de basa para discutir acerca de su importancia relativa así como tambien de su bondad y perfeccion, evidente es, que ni el catálogo de los profesores, ni el número de los ramos, ni el aparato exterior, ni las énfasis de una memoria simétricamente delineada, pueden bastar nunca para formar un juicio verdadero y exacto; porque segun las ideas que llevamos expuestas, y muy en particular aquellas que implícitamente se contienen en la tercera verdad que dejamos asentada, el mejor establecimiento no es el que presenta mayor aparato, sino el que parte de principios más fijos y seguros; no es el que cultiva mayor número de ciencias, sino el que relaciona mejor con el carácter de los principios el sistema de los medios; no es el que figura con más gracia en los archivos, sino el que mejor logra su objejo; no es, por último, el que gana más terreno en la boga del tiempo, sino el que mejor contribuye á su fin particular y al fin general que tiene de comun con todos los otros.

¿Seria, pues, racional calificar desventajosamente un establecimiento por lo que no contiene, sin examinar antes las relaciones que esto pueda tener con el objeto verdadero de su ins-

titucion? ¿cualquiera influencia, cualquiera género de relaciones que se descubran en algun ramo del saber, bastan para hacerle lugar entre los que se cultivan en un colegio eclesiástico? Seria preciso para esto hacer entrar todos los conocimientos humanos en el círculo de sus estudios. El mundo físico, el mundo intelectual y el mundo moral, que abarcan en su vasto conjunto cuanto puede caer bajo la mirada del talento, tienen relaciones tan íntimas, que se invaden, por explicarme así, con tanta reciprocidad como frecuencia sus respectivos dominios, principalmente cuando se consideran bajo ese aspecto de unidad que subordina todos los trabajos intelectuales á la mejora progresiva de los individuos y de las naciones. Por muy estendida que sea la mision de la Iglesia, y á pesar del enlace esencialísimo que con ella deben tener sus propios establecimientos, hay un punto del cual no podria pasarse sin desnaturalizarlo todo, sin alterar la condicion propia de los estudios eclesiásticos, sin debilitar los sentimientos que estas institnciones engendran, y sin menoscabar de antemano las garantías que ofrecen, aun á la misma sociedad civil, el número, los conocimientos y las virtudes de aquellos que, puestos entre el vestíbulo y el templo, con una mano sosiegan

el ímpetu de las pasiones que se rebelan contra las leyes, y sostienen con la otra el caro depósito de nuestro culto, de nuestras luces celestiales, de nuestras esperanzas eternas, de nuestros sentimientos divinos. ¿Qué se diría de un colegio eclesiástico que mostrase á la juventud los alicientes de un estado que no tiene aquí su escuela, y los atractivos de un estudio risueño que le hiciese retroceder al aspecto angusto, pero severo, de nuestro espiritismo, de nuestros misterios inaccesibles, de nuestros dogmas soberanos, etc., etc. ¿Se cree, por ventura, que el hombre, en esta edad versátil, cuenta con ese arraigo de convicciones y esa firmeza de carácter, á cuya posesion llegan tan pocos, aun cuando ya está para precipitarse en un ocaso la luz de la existencia? Vosotros podreis decirlo, señores, los que conoceis por experiencia propia los graves y tiernos cuidados de la paternidad, vosotros podreis decir, si hay una precaucion excesiva en rodear por todas partes á la juventud, á fin de que no se distraiga, seducida con la corriente cristalina que se desliza y las vistosas flores que se marchitan, de esas bellezas de primer orden que se atesoran en la primera edad para saborearse en la madurez.

Hé aquí, señores, nuestras primeras ideas, aquellas que pertenecen á un orden más general que comprehenden todas las instituciones, y que se han hecho valer en el mundo filosófico desde la más remota antigüedad. Pero estas ideas fueron por mucho tiempo estériles para la sabiduría, y todavía más estériles para la virtud y para el bien. No lo son ya, y esta es la obra de ese gran principio que la santa Iglesia coloca en el primero de los títulos que anuncian su divinidad, que pone al frente de las muchas y varias instituciones por donde difunde sus luces, propaga su doctrina, distribuye el inmenso depósito de sus gracias, ordena á la felicidad todos los estados de la vida y combina todos los elementos naturales y sobrenaturales en que están esencialmente vinculadas la perfeccion y la dicha de la humanidad; de ese principio que, con encerrarlo y comprenderlo todo así en el orden especulativo como en el sistema de lo práctico, trae consigo todos los caracteres de una perfeccion consumada, y pone á la Iglesia fuera de esa ley de *progreso* á que está esencialmente sujeto cuanto es oscuro en sus principios, incompleto en sus medios y limitado en su poder; de ese principio que vino á regenerar la razon en los instantes mismos en que iba á perecer en manos de la filosofía, revelando el

origen, los destinos y las verdaderas condiciones del entendimiento y la voluntad humana; que salvó la sociedad en los críticos momentos en que sus resortes, laxados ya, la dejaban caer al abismo; que crió los pueblos y los gobiernos dándoles un ser que apenas había podido columbrar la sabia antigüedad bogando siempre con pena la insurrección y la tiranía, entre la esclavitud y la licencia, entre el despotismo y el desorden, de ese principio que rectificó las ciencias, depuró las letras, ennobleció las artes, multiplicó y fecundó todos los preciosos elementos que preparan la opulencia de los Estados, las épocas ilustres y los rápidos progresos del género humano hacia la altura de sus destinos: dirélo de una vez, del *principio católico*, el único, señores, que ha podido hermanar los derechos de la razón con las prerogativas de la autoridad, las persuaciones con las creencias, el orden con la libertad.

La filosofía pagana había apercibido vagamente un fin general, y sorprendió los primeros secretos de la unidad científica, moral y social; pero jamás determinó, ni era posible tampoco, los caracteres legítimos de este fin. En consecuencia, cada se ta le comprendió á su modo, y esto bastó para que, divididas desde el punto de par-

tida, inútil fuese para el mundo antiguo el conocimiento vago de aquella verdad general. Mas el catolicismo determinó con caracteres infalibles el fin universal á que todo debía ser encaminado, y regeneró desde sus primeros elementos la filosofía universal. Antes, lo mismo que ahora, se había comprendido que no tenía títulos ningunos á la estimación pública cuanto no estuviese colocado en la línea del bien; pero esta línea, que debía tirarse del hombre á la felicidad, fué por muchos siglos una bella abstracción, ó una caprichosa y multiforme quimera. El catolicismo inició á la humanidad en el conocimiento de sí propia, fijó inalterablemente los dos puntos, y tiró la línea de progreso y de perfección que debía recorrerse, para que todo contribuyese por su parte á la felicidad común.

Antes, lo mismo que ahora, se había creído que no era cordura exigir de cada institución, como un total producto, la felicidad general; pero los unos lo entendieron en el sentido de la inacción, y estrecharon demasiado el poder del entendimiento; los otros en el sentido del despecho, y engendraron y estendieron el escepticismo; los otros en el sentido de la desigualdad general que hay en todos los hombres y en todas las cosas, y dieron los mayores ensanches al or-

gullo de la ciencia con extraordinarias desventajas para los conocimientos y para el sistema general de los acciones. El catolicismo nos reveló la naturaleza de estas verdades, sin hacer otra cosa que moralizarlas, diciendo á los primeros, que hay algo de infinito en los espacios que recorre la razon, y que nada estaba hecho mientras quedaba algo por hacer: á los segundos, que todo lo sabe el entendimiento que cuenta con la fé, y todo lo puede la voluntad que cuenta con la gracia: y á los terceros, que la razon donde se levanta la pretension absurda de deberlo todo á sí misma, podrá ensanchar cuanto se quiera el círculo de los caprichos, pero nunca conquistar un solo título al reconocimiento del género humano. Es decir, que el catolicismo dió á conocer la felicidad, estableció los respectivos objetos que á ella conducen, enseñó y fecundó los elementos bastantes para que cada institucion llenase su objeto. Columbrar la unidad en la idea genérica de una verdad fecunda, pudo ser obra de la razon; pero reconocerla en todo, enseñarla, y hacerla efectiva en el sistema general de las ciencias, de los dogmas, de la moral y de la política, debia ser obra de otro principio, y dígase cuanto se quiera, lo fué de *facto*, del principio católico.

Las varias reflexiones que acabamos de hacer, como otros tantos antecedentes indispensables para reducir á sus términos precisos la materia que al presente tratamos, nos bastan, señores, para fijar dos ideas capitales que deben servir de fundamento á las que nos hemos formado sobre el sistema de la aplicación que es conveniente dar en estos colegios al gran principio que en nuestro humilde concepto puede y debe gobernar todas las cosas que se dirigen al bienestar de la especie humana. Primero: el principio católico tiene una universalidad en la idea, como la tiene tambien en la forma: es decir, no solo se refiere á todos los hombres, sino que tambien afecta más ó menos directamente, pero siempre de un modo muy sensible al pensamiento y á la razon humana en sus objetos y combinaciones diversas, y en sus importantes é incalculables aplicaciones. De ello responden los caracteres distintivos que presenta el mundo moderno, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho, principalmente en los últimos siglos, por hacerlos desaparecer, se trasluce todavia suficientemente por entre las muchas sombras que han arrojado sobre la sociedad la filosofía incrédula y el indiferentismo político y religioso: de ello responden los códigos más sábios, las épocas más

florecientes, las instituciones más ilustres y más útiles, los anales augustos de la caridad, y también los más bellos timbres de la razón. De ello responde, por último, ese exámen profundo *del catolicismo en sus relaciones con la civilización moderna*, con que el insigne Balmes, elevándose hasta la altura de los primeros genios del mundo, ha puesto una nueva corona sobre las muchas que ya ciñen la frente de la España.

La segunda es, que siendo el principio tan universal, como se ha dicho, pues que afecta nada menos que á todas las instituciones, no puede desenvolverse en ningun establecimiento particular en toda su estension: pero desarrollándose en efecto, con toda la exactitud que su naturaleza demanda, comunicá, digámoslo así, una universalidad mayor que la que pudiera pretender cualquiera otro principio diferente.

Si pues obsequiamos el principio católico en el colegio de que se trata, pero con la limitación particular que su objeto pide, y si este seminario, como cualquiera otro establecimiento, debe ser siempre el desenvolvimiento práctico de un principio general, recordemos, señores, que aquel tiene muchos otros subordinados, que ora sean

diversos de él, ó bien simples modificaciones suyas, se facilitan para dar el lleno á una idea tan importante, como la de subordinar á la unidad de un principio toda la economía de muchos por menores.